

# Cómo vivir la comunión en nuestro tiempo

Extracto del libro "Testigos de la Esperanza", del Cardenal Francisco Xavier Nguyen Van Thuan, que recoge los ejercicios espirituales que impartió a la Curia Romana en presencia de S.S. Juan Pablo II.

Fecha de publicación: 15/04/2004

## ¿En qué consiste la novedad de una sólida espiritualidad de la comunión?

Pienso que esta en tomar conciencia de que, la comunión fraterna, cuando está fundamentada en el Evangelio, es lugar de encuentro privilegiado con Dios. Es éste uno de los temas fundamentales de los escritos joánicos: "A Dios nadie lo ha visto nunca -dice Juan-: Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a la perfección" (1 Jn 4, 12).

Estoy convencido de que en nuestro tiempo el Espíritu Santos ha sembrado nuevos carismas espirituales comunitarios idóneos para realizar una renovación de la vida cristiana en este sentido.

Hace ya algunos años di con un texto que me impresionó mucho como expresión de esta nueva visión inspirada en la relación de la comunión trinitaria:

"Dios está en mí, que ha plasmado mi alma, que habita en ella como trinidad (como los sanos con los ángeles), está también en el corazón de los hermanos. No es razonable que yo lo ame sólo en mí.

Así pues, mi celda (como dirían a Dios las almas íntimas) es el nosotros; mi cielo está en mí y, como en mí, en el alma de los hermanos.

Sí, es necesario vivir siempre la vida interior, incluso en presencia del hermano, pero no huyendo de la criatura, sino recibéndola en el propio cielo o penetrando en el suyo"(1).

He aquí la novedad: el hermano no es un obstáculo para la santidad, sino camino hacia ella. En lugar de rehuirlo para encontrar la intimidad con Dios, se trata de buscarlo para crear junto con él ese "espacio teológico en el cual se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado" (Juan Pablo II, [Exhort. Apost.] Vita Consecrata, n.42).

## Dimensiones concretas.

Tratemos de ilustrar mediante tres ejemplos lo que comporta esta toma de conciencia para nuestra vida.

### 1. Ascesis de lo cotidiano

De mi padre, que era constructor, aprendí que para construir una casa de cemento armado hay que purificar bien todos los elementos: el hierro, la arena, la grava, el cemento. La resistencia depende de este trabajo de purificación que elimina todo factor de contaminación.

Algo semejante vale para la comunión entre nosotros. Saber ir en contra del propio yo y mortificarse es indispensable. Existen varias prácticas para este fin, como el ayuno y otras. Pero la más evangélica, y al mismo tiempo la más a la mano, posible en todo momento, es la relación con el prójimo: acoger al otro, estar siempre disponibles, saber escuchar, tener paciencia, hacerse todo a todos, anteponer los intereses del otro al propio, es una continua renuncia al propio yo y nos pone en Dios.

Escribí cuando estaba en la cárcel:

"La comunión es un combate de todo momento.  
La negligencia de un solo instante puede pulverizarla;  
basta una nimiedad;  
un solo pensamiento sin caridad,  
un juicio conservado obstinadamente,  
un apego sentimental,  
una orientación equivocada,  
una ambición ó un interés personal,  
una acción realizada por uno mismo y no por el Señor. [...]  
Ayúdame, Señor, a examinarme así:  
¿cuál es el centro de mi vida: tú ó yo?  
Si eres Tú, nos reunirás en la unidad.  
Pero si veo que a mi alrededor poco a poco todos se alejan y se dispersan,  
Es signo de que me he puesto a mí mismo en el centro"(2).

## 2. Una oración sustancial

Todos los maestros espirituales enseñan como orar: hay que prepararse, hay que recogerse, hay que saber ir en profundidad. Y sin embargo a veces nuestra oración es árida. Y nuestras celebraciones corren el riesgo de ser una santa costumbre ó un poco más. Hay una palabra de Jesús que nos indica el camino: "Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti ... vete primero a reconciliarte con tu hermano"(Mt 5, 23-24).

Todos hemos experimentado que, tras un encuentro profundo con él prójimo, después de haber establecido quizá el pleno y cordial entendimiento con las personas con las que vivimos o trabajamos, la oración fluye espontáneamente del corazón y la celebración de la santa misa cobra una densidad especial.

Sin la comunión entre nosotros, la oración no agrada a Dios. En efecto, ¿cómo podrá estar en nuestra alma Él, que es la unidad, si nosotros estamos divididos?

## 3. No solo el silencio, sino también la palabra y el compartir

Pero hay otra expresión igualmente importante de una vida espiritual vivida en comunión. En nuestra formación hemos aprendido el valor del silencio para escuchar bien la voz de Dios en nuestro corazón. Pero la palabra no es menos esencial: dar a los demás con sencillez nuestra

experiencia espiritual. Sorprende ver como a veces en nuestros ambientes de Iglesia hablamos tan poco de nuestra experiencia personal con Dios.

Según san Ignacio de Loyola, esta falta de comunicación es un arma del diablo. Éste, "como ve al siervo del señor tan bueno y tan humilde que, haciendo lo que el Señor manda, piensa que aún todo es inútil [...], pónelo en el pensamiento que, si alguna cosa halla de los que Dios nuestro Señor le ha dado, así en obras, como en propósitos y deseos, que peca por otra especie de gloria vana, porque habla en su favor propio. Así procura que no hable de cosas buenas recibidas de su Señor, porque no haga ningún fruto en otros, ni en sí mismo, tanto porque acordándose de los que ha recibido, siempre se ayuda para cosas mayores"(3).

San Lorenzo Giustiniani escribe una vez: "Nada en el mundo da más gloria a Dios y lo revela más digno de alabanza, que el humilde y fraterno intercambio de dones espirituales, porque justamente de tales dones toma fuerza la caridad, la cual no puede florecer en soledad. [...] Es [...] precepto del Señor que ejercitemos siempre esta virtud, mediante la palabra y a obra, hacia nuestros hermanos. Por lo que, si no quieren ser trasgresores de su ley y juzgados almas que desprecian la salvación los hermanos, cuantos ha recibido gracias del cielo, con toda dedicación vean la forma de dar a los demás los dones divinos que se les comunicaron, especialmente dones que pueden ayudarlos en el camino de la perfección"(4).

## **Construir la Iglesia**

Y ahora miremos la Escritura.

¿No ha suscitado Jesús el nuevo pueblo de Dios comunicando a sus discípulos todas las palabras de su Padre? ¿Y no contó María, acaso, su más íntima experiencia cuando cantó el Magnificat? ¿Y no construyó Pablo sus comunidades comunicando cuanto vivía? Decía todo lo suyo: la conversión, el camino del apóstol, incluso las experiencias más profundas, como el rapto al tercer cielo, su relación mística con Cristo, pero también las angustias que lo atenazaban al pensar que su pueblo no aceptaba la revelación de Cristo, o bien sus propias debilidades, las pruebas, la espina en la carne. Podemos decir que él comunicó a los demás su alma, su vida, y así construyó la Iglesia.

En mi patria, dado que está prohibido todo tipo de asociación católica, el pueblo está totalmente concentrado en vivir la Palabra de Dios. Como no hay libros espirituales impresos, se comunican entre ellos los frutos de vivir la Palabra. Sólo tienen el Evangelio y la comunión recíproca de lo que viven. Y con esta reducción a lo esencial la vida cristiana florece.

En cambio, cuando una Conferencia episcopal está dividida - como ha sucedido en algunos países bajo el régimen comunista-, pierde credibilidad ante el pueblo. De eso me han hablado en los años 70 algunos obispos de Europa centro-oriental. Todo se queda en una yuxtaposición de obispos que viven el uno junto al otro sin la comunión que une a Jesús con el Padre.

## El "castillo exterior"

Santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, habla de un "castillo interior" espléndido y luminoso: es el alma habitada por la Santísima Trinidad, una realidad que hemos de descubrir dentro de nosotros, que ilumina toda la vida y conduce a la perfecta unión con Dios y al servicio del prójimo.

En esta época de la globalización, en esta hora de la Iglesia comunión, ¿no ha llegado el momento -como alguien ha apuntado- de descubrir, iluminar, edificar, además del "castillo interior", el "castillo exterior"?<sup>(5)</sup> . Es decir: la presencia de Dios no solo en nosotros, sino también entre nosotros. Es el castillo de dos ó más unidos en el nombre del Señor, castillo que no hay que destruir nunca, sino que hay que recomponer continuamente y conservar en toda relación hasta el esplendor de una unidad perfecta.

Escribe san Agustín: "Nosotros formamos también juntos la casa del Señor, pero sólo si estamos mutuamente unidos en el amor"<sup>(6)</sup>. Somos su templo, tanto colectivamente como individualmente. Él desea habitar en la unión de todas las personas y de cada persona<sup>(7)</sup>.

Sueño con la Iglesia del tercer milenio como casa que custodia la presencia del Dios vivo, como Ciudad santa que baja de lo alto; no como un conjunto de piedras esparcidas, sino como construcción articulada y armoniosa, que se hace compacta por la comunión vivida. Sueño en esta ciudad, que guarda en su centro el Cordero como fuente de luz para toda la humanidad.

## Notas

(1).J.M. Povilus, Jesús en medio del pensamiento de Chiara Lubich, Ciudad Nueva, Madrid 1989, p. 79

(2).Preghiere di speranza. Tredici anni ni carcere, Cinisello Balsamo 1997, pp. 44-45

(3).Carta de 186-6-1536, en: Obras completas de S. Ignacio de Loyola., BAC 86, Madrid 1952, p.660

(4).Disciplina e perfezione della vita monástica, Roma 1967, p.4

(6).Cf. C. Lubich, , en: Genís 25 (1995), p.52.

(7).Discurso 336, 1, 1: PL 37, 1736.

(8).La ciudad de Dios, 10, 3, 2: PL 41,280